

Pobres en Espíritu

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt. 5:3)

Es probable que no exista un cristiano que no conozca el sermón del monte y las bienaventuranzas que nos relata el evangelio según **San Mateo** en el capítulo 5. Una bienaventuranza es una declaración de bendición, cada una de las allí relatadas se refieren a un grupo de personas que cumplen una cierta condición y asociados a ellos una bendición por lo cual se les llama bienaventurados.

El citado pasaje nos habla de *los pobres en espíritu* de quienes *es el reino de los cielos*, una bendición considerable y que cualquier ser humano desearía, una muy apetecible heredad por la cual, como cristianos, luchamos cada día de nuestra vida, sin embargo ¿qué significa ser pobres en espíritu? y ¿porque es de ellos el reino de los cielos?, ¿no se supone que es heredad para todos los que hemos aceptado a nuestro Señor Jesucristo como nuestro Señor y Salvador?.

La pobreza siempre implica una carencia o necesidad de algo, es aquello que se echa en falta y aunque se tenga en alguna medida, es insuficiente para sentirse saciado. Ser pobres en espíritu se refiere a aquella necesidad consciente e incesante que tiene nuestra alma de Dios, **consciente** porque se sabe y reconoce que dicha necesidad existe, algo que no todo ser humano acepta a pesar de ser una realidad latente, de hecho muchas veces como cristianos, no meditamos realmente en cuanto falta nos hace Dios en nuestras vidas ni en cuanto dependemos de Él y por lo mismo nos conformamos pensando que por el hecho de haber aceptado a Jesús en nuestro corazón dicha necesidad ha sido ya satisfecha y es allí dónde debemos meditar en que ésta es **incesante**.

Las sagradas escrituras nos dicen *“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía”* (Sal 42:1), esto denota una ansiedad, una sed incontenible de nuestro Dios, bramar, gemir, desear de forma permanente su presencia en nuestras vidas, de tal forma que seamos movidos a su búsqueda constante y al reconocimiento de nuestra total dependencia de nuestro Dios.

Es esta búsqueda del rostro de Dios, de su llenura en nuestro corazón, lo que nos llevará a estar cada vez más cerca Él, a refugiarnos en su regazo, a escondernos bajo el hueco de su mano, lo cual nos acerca a alcanzar la bendición que en esta bienaventuranza se declara, recibir el reino de los cielos.

Es cierto que como cristianos sabemos que necesitamos a Dios y dependemos de Él, pero entonces ¿le buscamos de manera permanente e incesante?, ¿reconocemos delante del Rey nuestra carencia?, ¿están nuestras oraciones de forma permanente delante de nuestro Dios?, Salmos 5:3 dice *“Oh Jehová, de mañana oírás mi voz; De mañana me presentaré delante de ti, y esperaré.”*. Si declaramos que necesitamos a Dios y dependemos de Él debiéramos ser capaces de apartar un tiempo para llevar nuestra voz delante de Dios como nos enseña este Salmo, tanto a través de la oración como de la alabanza, normalmente nuestro agitado modo de vivir nos permite una muy corta oración de buenos días y a veces otra corta de buenas noches, ocupados en nuestros

quehaceres o ensimismados en nuestras preocupaciones, ni siquiera alabamos a Dios lo suficiente. Daniel oraba tres veces al día delante de Dios y era varón justo porque procuraba en su corazón guardar la ley de Dios y cumplir sus mandamientos, no porque sintiera la obligación de ello sino porque buscaba tener una relación permanente con Él.

No es suficiente con pensarlo o decirlo, es necesario hacerlo, ser movidos a este gemir constante, a esta búsqueda incesante, a esta adoración permanente, Dios nos ha dado acceso al trono de su gracia, a su presencia misma, al lugar santísimo dónde habita su gloria, sin necesidad de intermediarios, directamente a través de nuestro amado Señor Jesucristo, ¿que más nos hace falta entonces? dar el paso y comenzar, ser pobres en espíritu para que nos demos cuenta no sólo de que necesitamos a Dios sino de cuanto lo necesitamos, de que no somos nada sin su presencia, sin su guía y sin su dirección ya que, como nos dice la escritura, *“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos”* (Ro. 14:7-8).

Que nuestro amado y buen Dios nos bendiga.